



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 1007

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

LUNES 1.º DE JULIO DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreto, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

M. LEONIE BROUTIN
Modista de Sombreros de París
Todos los días modelos nuevos
PLAZA DEL REY, 16, PRAL.

ALAMBIQUES

Aparatos para alcoholes de 39 á 40º Id. para aguardientes de 24 á 26º Id. para antisados.
Alambiques agüardenteros con columna y boya de graduación, serpentin y depósito refrigerante.
Id. completos con baños maría, aros de bronce, serpentin y depósito.
Fabricación esmerada y precios muy económicos.
Prensas, azufradores, y cuanto concierne á la elaboración de vinos.
Camilo Pérez Larbe.—Castellón 12.

De lunes á lunes.

La semana que ha terminado ha sido un empujando hecho al humo; comenzó con las hogueras de San Juan y termina con las encendidas en honor de San Pedro.
Felizmente hemos salido incólumes de esas dos fiestas populares y un tanto bárbaras, en las que parece que el goce mayor de la gente es achicharrar al prójimo con una carretilla á saltarle un ojo con un cohete; ó las dos cosas juntas: abrasarle vivo y dejarle tuerto.
En los intermedios de fiestas la gente ha estado dedicada á hacer los honores al verano, que se nos ha entrado por la puerta sin previo aviso. Por que se le ha hecho tarde en el camino y la estación que le precedió ha dominado más de lo justo, viene el verano con las narices hinchadas y dispuesto á hacer chicharrones con los pobres morfales. Como si nosotros tuviéramos algo que ver con las revoluciones atmosféricas que atrasan ó adelantan las estaciones!

En medio de todo tiene el verano una cualidad apreciable; democrática verdadero, establece la igualdad ante la ropa y proscribte en absoluto la etiqueta; con lo cual anda hecho un caballero, dándose pisto, el que durante la estación invernal pasaba el tiempo dando diente con diente expuesto á volverse curám bano por no tener relaciones con el austro.

Ahora no hay ese riesgo, pero corremos otro más grave: el de reducirnos por el sudor hasta convertirnos en charcos.

No dejará de haber por ahí quien se alegrara de que tal sacerdotera, por que resultaría sumamente económico eso de bañarse en el propio caldo.

Con la llegada de la estación veraniega entran en funciones el pepino, el tomate y el atún *salao*, sustancias no tan groseras como apreciadas, individualmente por lo que valen y colectivamente por las ensaladas y gazpachos á que dan lugar.

Si por algo vale el verano es por eso: por lo económico.

Con un traje de alpaca y gazpacho abundante, se va de aquí á Setiembre como si tal cosa.

Y si no se tiene dinero mejor; así se ahorra uno que los ladrones piensen en ayudarlo á llevar el peso.

Es muy hermoso eso de poder ir á hora y á deshora por todas partes, exento del poligro de que cualquiera pionsse quitarle lo que no tiene.

—Yo estoy tranquilo respecto de los ladrones,—me decía ayer mi vecino del segundo—que cojan al *Ciri* ó que lo dejen suelto solo ó con su partida, me es igual. Hecho el *arqueo* de mi *caja* en fin del año económico, resulta que contiene un perro gordo de la clase de falsos, un billete de la Argentina, de cinco centavos y otro de diez (un real y dos reales que decimos aquí.) En junto ochenta céntimos problema.

ticos, por cuya cantidad no hay tendero que me dé un mal lapiz para hacer la cuenta.

En cambio hay por ahí más de uno y más de dos que oyendo hablar de ladrones se les pone carne de gallina. Perleta; uno que fué empleado público y reunió unos cuartejos *haciendo la vista gorda*, anda por ahí, con el alma en un hilo, buscando sitio apropiado donde esconder el vil metal. Todas las noches sueña que José María y Luis Candelas lo dejan á pan pedir y se despierta pidiendo socorro.

Pensando en los ladrones se ha quedado amarillo y flaco como un esqueleto.

Y cuando encuentra por ahí uno de la policía le dice:

—¿Crée usted que se podrá escapar el *Ciri*? No sería conveniente ponerle otro par de grillos por si acaso?

MARIO.

TIJERETAZOS

Los republicanos de Gracia han tenido unos piques con D. Nicolás Salmerón y le van á raitrar la confianza.

Dentro de pocos días recibirá el notable repúblico un abultado pliego (abultado por el número de firmas) en que se le dirá que no representa ya á los electores de Gracia.

Lo que sentirá eso el Sr. Salmerón! Sobre todo ahora que se van á cerrar las Cortes para no volverlas á abrir hasta que haya otras nuevas.

Convengamos en que no se distinguen por la oportunidad los republicanos gracienses.

Por la gracia sí.

Por que no hay cosa que más la tenga que pedir la dimisión de diputado á quien dejó de serlo.

A un teniente de caballería, residente en Madrid y propietario de un saco de noche que yacía olvidado dos años en un rincón, le han faltado del saco muchas y muy valiosas alhajas.

Que les eche un galgo. Cualquiera descubre, después de tan

to tiempo, el momento en que fueron robadas las alhajas y el nombre del ladrón.

En París ha quebrado un prestamista dejando un pasivo de millón y medio de francos.

El prestamista ha desaparecido dejando en su habitación una carta en la que anunciaba su próximo suicidio.

Si eso prodijese un tanto por ciento la noticia sería verosímil.

Peró ya verán ustedes como cualquier día resulta por ahí el prestamista dedicado á la industria de hacer favores.

«El Diario de la Tarde» dice que en Barcelona se juega de un modo descarado.

Antes lo han dicho otros de otras partes y han perdido el tiempo.

«El Diario» también lo perderá.

Téngalo por seguro.

Redimir á Jorge del martirio de que le tiren de la oreja, es tan imposible como descolgar la luna.

En San Sebastian se ha roto no sé cuántas cosas un ciclista que se ha caído de la máquina.

Sin embargo, la afección no decae. Adelante con la bicicleta.

Y el que caiga que se levante.

Y al que no pueda levantarse que lo entierreñ.

NOTAS

Ya ha terminado por ahora el embarque de tropas para Cuba.

El batallón de San Fernando ha sido el último de los embarcados con destino á aquella hermosa porción del territorio de España.

La despedida ha sido entusiasta y triste al par. Esa es la nota dominante en todas las despedidas, la tristeza. ¿Quien sabe si volverán los que se han ido?

leyendo la prensa de Madrid se han detenido los ojos en un cantar puesto en boca de un soldadito de catorce años, de la clase de cornetas.

Era la hora de la marcha; en uno de los coches estaba un cornetista asomado á una ventana. Frente á esta ventana al ministro de la Guerra.

Tal vez estaba triste el cornetista sin

querer estarlo y al abrir la boca, para dejar paso á algo pensoso, se le escapó del pecho el corazón envuelto en este pañuelo.

Aquí se talan los campos de Saboya y San Fernando; mientras él está riendo su madre queda llorando.

Es verdad.

¿Cuán distintas son las quejas que se desarrollan abordo del barco que se lleva á los hijos de la patria, de las que se suceden en los hogares que aquellos dejan! Primero llantos desconsoladores; después oraciones fervientes y súplicas suplicas al que lo manda ir, mas tarde, cuando el viento vuela y el silencio va á tomar posesión del triste hogar, surge en las paredes la luz y, encendida por nano, brilla la lámpara alumbrando la faz dolorida del Nazareno enclavado en el rostro de la Virgen María.

Quando en estos días bocherosos en que el viento calla y el espacio arde, buscamos en el campo bajo los árboles ó en el rincón del hogar la frescura que ha de reanimar nuestros fatigados nervios y no le encontramos, báñase nuestro cuerpo en sudor y se acoge al expulso entre angustias nerviosas.

—No se puede vivir así,—dice por doquiera.

Sin embargo; nadie nos obliga á ir aprisa; ni á llevar mucha ropa; ni nos priva de beber, cuando, y cuando querramos, ni nos impone un yotand de que permanezcamos horas enojadas bajo la acción de un sol inclemente.

Si en esos momentos comparamos nuestra vida con la del pobre soldado que marcha á la campaña de Cuba, la nuestra es deliciosa y la del soldado es un infierno.

Cargado con el fusil y la mochila que le agobian; recibiendo en las espaldas los rayos encendidos del sol de los trópicos; llevando el oído atento para descubrir por donde viene la muerte; se siente sin encontrar agua que beber, camina horas y horas en busca de los escondites de la patria; busca los bosques que ocultan la tracción ó engolfado en la inhumana maraña. Y cuando rendido por la fatiga, hace un alto para comer y echarse un poco cuántas veces, al llevarse á la boca la primera cucharada del rancho ó al cerrar los



zando de todas las locuras que hermosean los primeros años, y frenéticamente apuramos la copa de los placeres humanos: tu padre, el ídolo de todos los que le conocían, formando el centro y el alma de todas nuestras calaveradas. Parado en el curso de ellas por el encuentro que tuvo con una mujer, lo separó esta de nosotros y lo alejó de todo lo que antes constituyera su dicha, haciéndole cifrar únicamente en el amor conyugal y en los delicias de la vida doméstica. Le perdimos de vista, Julian, y por muchas que fueron nuestras instancias para renovar la interrumpida amistad, ninguno de los amigos antiguos de las pasadas locuras, logró el deseado andamiento, si bien exceptuó al marqués de Valdeflores.... ¡Pobre chico!—exclamó Molina interrumpiéndose y transportado por medio de los recuerdos que evocaba á los días hermosos á que se refería—que merced á un grande atractivo que le granjeaba todas las simpatías, pudo mas que nosotros con el calavera reformado, y Valdeflores no solo resucitó la interrumpida amistad, sino l juntamente mereció la deferencia de la mujer, siempre que tuviste por maestro, Julian, despertando por esta distinción mas de una envidia. Lleno de atractivo, era el tal Valdeflores el ídolo no solo de un sexo, sino del otro, y hará ahora cerca de diez y ocho años que

CAPITULO XXXVII.

Reunidos conmigo en estrecha amistad, desde nuestros primeros años, tu padre Antonio Mendoza, el conde de Bonavides y el marqués de Valdeflores, reunidos atravesamos la senda de la primera juventud. Jóvenes, alegres, llenos de propeccion para ello, en la abundancia de medios, go

Julian le siguió los pasos.
—Conde de Bonavides!—repitió en voz atronadora;—la hora del descubrimiento ha llegado. La hora de la retribución ha sonado. La voz de la justicia te llama y la venganza se halla á la mano. Conde de Bonavides!—volvió á decir—doblemente criminal, que el rey de veinte imperios por la fama y mentirosa virtud con que al mundo has engañado: ¡Conde de Bonavides, al mundo te proclamó un asesino! roo de la muerte del marqués de Valdeflores, y roo de la injusta sentencia que tus falsos testimonios impusieron al inocente Antonio Mendoza!

Media hora después, Felipe Molina ocupaba el sitio mismo que algunos momentos antes había abandonado, y silencioso ó tímido conservando viva en la señal exterior de vida, un sudor copioso, que en gruesas gotas le caía por la frente, parecía haberse convertido en un cadáver.

Fijó los ojos, sin movimiento en los miembros, ni un perfecta pensión y sin moverse, en la mirada silenciosa del pensamiento; la que así se privaba de toda acción.

Frente á él, cara á cara le miraba un individuo. ¡Julian! pero la boca que llamaba su rostro, era impasibilidad la que descubría, era una faja, du-